
Fantaseando

Emilia Pardo Bazán

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6531

Título: Fantaseando

Autor: Emilia Pardo Bazán

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 27 de febrero de 2021

Fecha de modificación: 27 de febrero de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Fantaseando

Al fin se arregló; la noche de un día en que ni a Paquito le dolió el vientre, ni Bruno sufrió elevación de temperatura, ni Maleta (Magdalena) tuvo jaqueca, ni Sinsín (Asís) rompió ningún objeto o se revolcó rabiando por la alfombra, el matrimonio Ruyalvar adquirió un palco, invitó a los primos y fue a cumplir el capricho de ver y oír a la famosa cupletista *La Bella Dorada*.

Se hablaba de ella con ahínco en los círculos de la gente que vive en *juerga*, no tiene que hacer y está arruinada o camino de arruinarse. De estas esferas se comunicaba la curiosidad a otras más morigeradas y pacíficas, llegaba hasta los hogares y alborotaba la fantasía de los señores formales, hasta de las señoras gordinflonas y apáticas... *La Bella Dorada* no era parisiense, sino española neta, *chispera* de Madrid. En sus tiernos años, cuando se llamaba Emeteria Cornejo, ejercía un oficio: aprendiz de fregadora. Después..., lo de todas: rodar. Rodando, la piedra desciende; pero la mujer, en la escala del vicio, puede subir. Y por una serie de azares venturosos y una rara disposición natural, la fregadorcilla subió. En Madrid se hizo ya notoria, al principio entonando canciones de un verde zafio, en cafés humosos y con fuerte vaho a humedad; pasando luego a un *music-hall*, el *Dorado*, que acababa de instalarse y que personificó en una revista, luciendo un traje todo de oropel, faldellines de gasa de oro, zapatos de oro, medias de oro y alrededor de la frente un círculo de rayos de oro..., falsísimo... Entonces, por primera vez, sonó en diarios el nombre de *La Bella Dorada*. Y la mata de pelo negro de la chulapa matritense quedó convertida en blondo tusón de pícara extranjera.

Después, por algún tiempo, la penumbra, seguida de una radiante aparición en la tierra clásica de estas glorias: París. Y desde París había vuelto a Madrid *La Dorada*, por corto tiempo, ya con ínfulas de «bella» mundial. La Otero y la Cavalieri, a su lado, va lían un pitoche. Traía sobre su piel finas pinturas y estucados maravillosos; sobre su cuerpo, trajes de luces, obra del gran modisto, mantones madrileños que eran un derroche de flora y fauna extravagante y colorista, y, rodeando su cuello tornátil y colgando de sus orejas diminutas, esos gruesos solitarios que parecen lágrimas divinales de la aurora..., cuajadas por el sofoco de ostentarse en tales sitios. La prensa jaleaba las magnificencias y los atractivos de la estrella del cuplé. Nadie como ella para destacar y velar las desvergüenzas burdas con el aire ingenuo y fino. Nadie que a la travesura sicalíptica mezclase tanto azúcar de candor. Y la mezcla era más incitante que la droga pura. El teatro se llenaba hasta los topes, el público se desbarataba aplaudiendo. Se había convenido en que «podían ir señoras»; era un espectáculo de picante buen tono.

El matrimonio ocupó su localidad desde temprano por no perder la opereta, a la cual habían de seguir las canciones de *La Dorada*. Pilar, la esposa, estrenaba un cuerpo-blusa chiné, descotado, elegante, y notaba un cosquilleo de vanidad, miradas aprobadoras y galantes en los dos palcos de hombres que seguían al suyo. Sus mejillas se sonrosaron; un íntimo placer le hizo cortos los instantes. Estaba saturada del batallar doméstico, justamente porque se entregaba a él con abnegación, no descuidando un minuto la cocina, los niños, los criados, la ropa blanca, la despensa. Su reputación de ama de casa tenía sólido fundamento: un orden de buen gusto reinaba en el piso que ocupaban los Ruyalvar. Pilar era esclava de que no anduviesen por el suelo juguetes rotos, ni un chico saliese mal ceñido y despeinado, ni faltasen flores en la mesa, ni la plata dejase de relucir. Y Pilar creía que también por esmero casero y doméstico era por lo que se adornaba, por lo que se deslizaba furtiva en las casas de las

modistas que venían de París con los modelos, a cada estación, por lo que refrescaba trajes y adquiría alguna joyuela. Una mujer bien prendida honra la casa. Un poco de *chic* presta real ce y encanto a la vida...

Y se encontraba feliz aquella noche, en la diversión aristocrático-picaresca, con la blusa bonita, guarnecida de cristal, con las rosas de plata rematando el adorno de cabeza, a derecha e izquierda del moño, con gracia modernista. Los tres actos de la opereta alegre transcurrieron como un soplo. Llegó el momento de la aparición de *La Dorada*, la heroína de la fiesta; llegó el minuto sensacional...

Con airoosidades y gallardías de ave gentil, sobre una decoración fantástica de guirnaldas, arcadas, globos luminosos y lejanías de misterio, surgió la figura delicada y atrevida de la cupletista, transformada por el ambiente parisiense, engarzada a la última moda. Su traje, que, ceñido en la cadera, se abría, rizándose como una gran flor extraña, un poco más arriba del tobillo, era combinación de colores exquisitos, fundidos cual sabe fundirlos en su mágica paleta el otoño. El oro artificial del fosquísimo y brillante pelo se completaba con los oros oscuros y tostados de la vestimenta, en gradaciones luminosas y sombrías a la vez, suntuosas, de retablo viejo. Los brazos, enteramente desnudos, semejaban marmóreos a fuerza de escayola suave, y las manos, enjovadas, hacían los gestos rituales de la truhanería. El pie, primoroso, se agitaba preso en la cárcel azul de unos chapines dignos de Goya. En el cuello esplendía enorme *rivière* de brillantes auténticos.

Y el teatro, imanado, fue hacia *La Dorada*. Salió lanzando claveles, y en los palcos de hombres el ojal floreció entre sonrisas, reverencias y palabras exaltadas, que tenían el tufo a moscatel de tanta clavelería. Pilar, estática, devoraba con los ojos a la diveta. Su corazón latía al impulso de algo desconocido, bajo un remolino de ideas fulminantes, agitadoras. Veía pasar en larga y monótona película de país

nevado y árido las escenas de su destino anterior, de su vivir: las tareas siempre iguales, las ansiedades sordas y mates de la existencia doméstica, las inquietudes por un forro descosido, por una silla desencolada, por una Menegilda respondona, por un mamón que echa un diente... Y comparaba, comparaba, mientras *La Dorada*, subrayando una malicia, sonreía angélicamente, con hechizos de porcelana de Sajonia, desdeñosa de las muecas dramático-españolas de la Otero...

—¡Dios mío! —exclamó por fin Pilar—. ¡Qué envidia tengo a esa mujer!

Y como el marido, risueño, y los primos, y el otro matrimonio invitado al palco, se escandalizasen festivamente, ella prosiguió:

—La vida daría por ser como ella, por vestir así, por cantar así, porque me aplaudiesen y me jaleasen así.

Sonaron en el palco nuevas chanceras risas, exclamaciones que hubiese sido de mal gusto tomar por lo serio.

—¡Pero si no lo digo en broma!... Qué, ¿no lo creéis? No me habéis oído mayor verdad en mi vida... Si todo lo que hace ésa lo haría yo mejor aún... Si he nacido para cantar esas canciones, para deshacerme en baile... ¿Tan difícil os parece? Yo mejor, yo cien veces mejor. ¡A mí, más aplausos!

La Dorada, en aquel momento, llegaba al apogeo del triunfo. Acababa sus cuplés del *Polichinela* y, simbólica, desengañando a sus admiradores, tiraba de los hilos del muñeco, haciéndole agitar grotescamente piernas y brazos. Y Pilar, dialogando consigo misma, repetía:

«¡Con más chiste! ¡Con más chiste! Era mi vocación. Y tengo yo hechuras y disposición para todo ello. ¡Eso es vivir! ¡Eso es gozar! ¡Vestir así..., cantar de ese modo! ¡Qué mujer tan feliz!».

Hubo un rumor de alarma en el palco. Casi inmediatamente cesó la extrañeza. ¡Bah! ¡Cosas de Pilar! ¡Payaserías de Pilar! Sí, otra como ella...

—Me convidarás al debut...

—Me enviarás palco...

Y la algazara fue regocijada, y hubo comentarios sin asomos de puritanismo. ¿Quién se formalizaba por nada que Pilar dijese o hiciese? Era un pájaro, un pájaro chusco y burlón, que se mofaba de sí mismo. ¡Dejarla a la pobrecilla explayarse! Mañana, desde las ocho, tendría que lidiar con la cocinera, atender a los chiquillos, a que se bañasen, a cogerles los bucles... Diabluras de la imaginación..., la bruja consoladora...

Emilia Pardo Bazán



Emilia Pardo Bazán (La Coruña, 16 de septiembre de 1851-Madrid, 12 de mayo de 1921), condesa de Pardo Bazán, fue una noble y aristócrata novelista, periodista, ensayista, crítica literaria, poeta, dramaturga, traductora, editora, catedrática y conferenciante española introductora del naturalismo en España. Fue una precursora en sus ideas acerca de los derechos de las mujeres y el feminismo.

Reivindicó la instrucción de las mujeres como algo fundamental y dedicó una parte importante de su actuación pública a defenderlo. Entre su obra literaria una de las más conocidas es la novela Los Pazos de Ulloa (1886).

Pardo Bazán fue una abanderada de los derechos de las mujeres y dedicó su vida a defenderlos tanto en su trayectoria vital como en su obra literaria. En todas sus obras incorporó sus ideas acerca de la modernización de la sociedad española, sobre la necesidad de la educación femenina y sobre el acceso de las mujeres a todos los derechos y oportunidades que tenían los hombres.

Su cuidada educación y sus viajes por Europa le facilitaron el desarrollo de su interés por la cuestión femenina. En 1882 participó en un congreso pedagógico de la Institución Libre de Enseñanza celebrado en Madrid criticando abiertamente en su intervención la educación que las españolas recibían considerándola una "doma" a través de la cual se les transmitían los valores de pasividad, obediencia y sumisión a sus maridos. También reclamó para las mujeres el derecho a acceder a todos los niveles educativos, a ejercer cualquier profesión, a su felicidad y a su dignidad.